

LA DIVERSIDAD DE LA LENGUA ÁRABE COMO LENGUA DE COMUNICACIÓN*

Ángeles VICENTE
Universidad de Zaragoza

BIBLID [0544-408X]. (2011) 60; 353-370

Recibido: 30/04/2011 Aceptado: 17/06/2011

1. LA DIGLOSIA DE LA LENGUA ÁRABE

Es bien conocido que, desde un punto de vista lingüístico, los países árabes se caracterizan por una situación de diglosia.

Cuando se habla de la lengua árabe sin más precisiones estamos refiriéndonos a un conjunto de variedades que ha evolucionado a lo largo del tiempo y que se divide en dos tipos de lengua: 1) el tipo lingüístico denominado árabe antiguo, que comprende diversas variedades de la lengua (el árabe *fushà*, el árabe estándar moderno, el árabe coránico, algunos de los dialectos preislámicos, etc.) y que se caracteriza entre otros rasgos por la existencia de la declinación nominal y verbal (*iṣrāb*), 2) el tipo de lengua llamado neoárabe, donde entran las diferentes variedades de árabe hablado que existen en el mundo arabófono, desde aquellas existentes ya en época preislámica hasta las habladas en la actualidad, y que se caracterizan por lo contrario, es decir, la carencia de *iṣrāb* o un uso muy residual de éste y probablemente carente de funcionalidad. Es decir, en el primer caso se trataba de una lengua sintética y en el segundo de una lengua analítica. La diferencia es que en la primera las palabras en sí mismas contienen diferentes funciones gramaticales, mientras que la segunda necesita de elementos (preposiciones, auxiliares) para indicar las funciones morfológicas o sintácticas. Un ejemplo muy ilustrativo es el caso de la construcción de genitivo: en el árabe antiguo el genitivo es de tipo sintético, es una إضافة (*idāfa*), por ejemplo كتاب الولد (*kitāb al-walad*), mientras que en árabe vernáculo esta construcción es de uso restringido aunque no ha desaparecido completamente, habiéndose desarrollado paralelamente una construcción de genitivo analítico donde necesitamos una partícula para indicarnos la función de posesión, por ejemplo en marroquí, *l-ktāb dyāl əl-wəld*, o en egipcio: *ilbēt bitāṣ Faṭma*.

Antes de continuar, insistiré sobre un aspecto fundamental:

* Conferencia inaugural del curso académico 2010-2011 organizada por el Departamento de Estudios Semíticos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada.

—En primer lugar, no hay que dejarse engañar por las denominaciones de los dos tipos lingüísticos que hemos citado: árabe antiguo y neoárabe. No hay que deducir de aquí que hay una diferenciación exclusivamente cronológica y que la desaparición de uno dio paso a la llegada del otro. Existen varias teorías respecto a este tema, es decir, sobre si el árabe de época preislámica era exclusivamente de tipo antiguo o pudo coexistir con el neoárabe, y entonces cuándo comenzó éste último a desarrollarse. No tenemos tiempo de explicarlas todas, diremos que una de las más consensuadas defiende la coexistencia de ambos tipos de lengua ya desde época preislámica, habiendo tenido lugar la aparición del neoárabe en las regiones de los países actuales de Siria e Irak, donde era hablado por las poblaciones que procedían de las expansiones de tribus árabes hacia el norte en esa época preislámica. Esta variedad nueva del árabe fue avanzando progresivamente hacia el centro y sur de la Península Arábiga.

Por lo tanto, vemos que la supuesta “unidad” de la lengua árabe, defendida por algunas posturas intencionadas, no ha existido nunca, ni siquiera en la Arabia preislámica donde la diversidad lingüística entre las distintas tribus que la habitaban fue demostrada hace tiempo, diferenciando *grossa modo* las regiones del Nağd y del Ḥiğāz, es decir, este y oeste de la Península Arábiga respectivamente, a lo que se unió la influencia que llegaba del norte a la que acabamos de hacer alusión.

Una vez aclarada esta falta de unidad de lengua y, por lo tanto, aceptada la idea de que no existe una variedad “pura” de la lengua árabe de la que hacer derivar todas las demás, debemos deducir que las lenguas vernáculas árabes, habladas tanto en la actualidad como en épocas anteriores, no son ninguna corrupción de una lengua superior, es decir en este caso no es aplicable la utilísimas metáfora del árbol que usan los romanistas para explicar el desarrollo de las lenguas romances a partir del latín vulgar, donde éste sería el tronco y cada una de las lenguas románicas (castellano, catalán, francés, italiano, etc.) serían las diferentes ramas.

De esta manera, lo que en la actualidad conocemos como árabe clásico consiste en una sistematización lingüística realizada por los gramáticos del imperio abasí en el siglo VIII, ante la necesidad urgente de dotar al incipiente imperio islámico de una lengua oficial con la que empezar a ejercer un verdadero control tanto político, como cultural y religioso en las nuevas tierras conquistadas.

Anteriormente, y durante algunas décadas tras el advenimiento del islam, la escritura no era algo muy practicado en las sociedades de la región y no se había desarrollado un sistema grafémico capaz de reflejar adecuadamente la lengua árabe hablada.

Para quien se esté preguntando en qué lengua se escribieron entonces los primeros documentos oficiales salidos de las cancillerías islámicas hasta el desarrollo del sistema grafémico del árabe, primero, y la codificación de la variedad clásica, algo después, la respuesta es en las lenguas de los imperios vecinos, el

griego de los bizantinos y el persa de los sasánidas. Estarán de acuerdo en que ésta era una cuestión urgente, pues cualquier imperio que se precie, necesita su propia lengua para organizar su administración, y no la del vecino a quien pretende imponerse militar pero también culturalmente.

Así, no fue hasta el califato de ʿAbd al-Malik, a finales del siglo VII, cuando se arabizó la corte y se exigió la redacción de todos los documentos de cancillería en árabe. Algo después comenzó esa codificación de la lengua por los gramáticos a la que hemos aludido.

De esta manera, la sistematización lingüística que se realizó en el siglo VIII se llevó a cabo basándose en las fuentes consideradas más prestigiosas, es decir: la poesía preislámica, el Corán y la información oral aportada por algunos beduinos usados como informantes lingüísticos. Las dos primeras fuentes pertenecían al tipo de lengua que hemos denominado árabe antiguo, por lo tanto el resultado será una lengua de ese tipo, el árabe *fushḥā*, que es una variedad del árabe de tipo sintético y con declinación nominal y verbal.

No obstante, al mismo tiempo los movimientos de población y la interacción entre las diferentes lenguas iban ampliando el panorama lingüístico del imperio islámico con el desarrollo de nuevas variedades habladas que se sumarían a las ya existentes en época preislámica.

La situación de la diglosia árabe es, por tanto, una situación muy estable, es decir, de larga duración en el tiempo, en la que al lado de las lenguas maternas empleadas para comunicarse existe una variedad distinta, que es la lengua de un importante corpus literario y cuyo conocimiento se adquiere generalmente mediante un aprendizaje específico, se usa en un registro elevado y formal, y en la escritura, pero casi nunca en conversaciones cotidianas.

Es importante, pues, dejar claro que la variedad del árabe que conocemos como árabe clásico o *العربية الفصحى*, no es la lengua materna de nadie, sino que es una lengua aprendida en la escuela y, por lo tanto, las lenguas de comunicación empleadas normalmente en el mundo arabófono son las variedades vernáculas de cada zona, es decir, el árabe egipcio, el árabe marroquí, el árabe iraquí, etc., que en el mundo árabe se conocen como *ʿāmmiyya* o *dāriẓa*. Es decir, lo que habitualmente se conoce como dialectos árabes.

En general, las diferencias entre estas lenguas vernáculas son más grandes cuanto mayor es la distancia que las separa, de manera que las habladas en los extremos geográficos del mundo arabófono difieren tanto entre sí que son mutuamente ininteligibles, por ejemplo un campesino de Marruecos y otro de Irak hablando en sus respectivas lenguas maternas muy difícilmente llegarán a entenderse.

Por otro lado, el prestigio del árabe clásico se debe al hecho de identificarse con la lengua del Corán, es decir, es la lengua en la que los musulmanes consideran que el texto coránico le fue revelado al profeta Mahoma, y, por ello, la lengua

empleada en la liturgia musulmana. De esta manera, el significado religioso del árabe clásico la ha elevado al estatus de lengua sagrada entre los musulmanes, y como tal, es el ideal lingüístico que todo arabófono musulmán quisiera alcanzar, pero no debemos olvidar que lo que da prestigio a esta variedad del árabe es una cuestión de fe, no argumentos lingüísticos. Además, el árabe clásico es la lengua del poder y del control, en oposición a la lengua del ámbito privado que es el árabe vernáculo; esta división de roles influye en múltiples factores de la vida diaria de los árabes de todas las generaciones, procedencias y niveles de instrucción, pero, sobre todo, ha dado lugar a la infravaloración a la que están sometidas las lenguas vernáculos en estas sociedades, consideradas, en muchas ocasiones, como meras corrupciones del árabe clásico que provocan la ruptura de una supuesta unidad lingüística del mundo árabe.

Antes de continuar, hay un aspecto que me gustaría matizar:

—El fenómeno de diglosia tal y como lo hemos expuesto es una simplificación de lo que realmente nos encontramos al pisar un país arabófono. La observación de la vida diaria, nos lleva a afirmar que la separación entre la variedad culta y las variedades vernáculos es muchas veces difícil de señalar, encontrando numerosos estadios intermedios. En realidad el hablante no elige sólo entre las dos variedades descritas, sino que, dependiendo de su formación lingüística, podrá moverse entre diferentes registros o entre diferentes variedades del árabe. Pongamos un ejemplo, entre el árabe egipcio elemental de un campesino del sur del país, y el árabe clásico de un ulema que esté dando clase de teología en la Universidad de Al-Azhar en el Cairo, hay una multitud de estadios intermedios difíciles de clasificar; por ejemplo el árabe egipcio más cultivado de un estudiante o el árabe estándar moderno cargado de neologismos que puede aparecer en las noticias de la televisión. Esta situación se ha clasificado como un continuum, es decir, las variedades del árabe no son compartimentos estancos que no se pueden traspasar.

Otro ejemplo perfecto de este paso de una variedad a otra son los discursos oficiales, normalmente comienzan en árabe clásico pero según avanzan va cambiando al árabe egipcio, bien por la facilidad que supone hablar en la lengua de todos los días frente a un discurso que podemos calificar de algo artificial, o bien para hacerse entender mejor por los egipcios, no es casualidad que aquellas partes del discurso que al político de turno le interesa más hacer llegar a los ciudadanos estén en *šāmmiyya mašriyya*.

Por esta razón, muchos lingüistas a la hora de describir el panorama lingüístico del mundo arabófono han señalado que la noción de diglosia es insuficiente por lo que han recurrido a conceptos como multiglosia o poliglosia pues consideran que describen mejor lo que ocurre en el mundo árabe actual.

2. EL NACIMIENTO DE LA DIALECTOLOGÍA ÁRABE COMO DISCIPLINA CIENTÍFICA

La primera obra de dialectología árabe fue *al-Kitāb* de Sībawayhi, ya que en él se recogían las variantes dialectales de su época encontradas en las hablas beduinas del entorno de Basora. Este gramático medieval recopiló sus datos mediante encuestas directas con los beduinos, diferenciando las variedades dialectales procedentes de la Península Arábiga.

Aunque existen otros ejemplos antiguos, el nacimiento de la dialectología árabe como disciplina científica no tuvo lugar hasta la mitad del siglo XIX, probablemente como resultado de la tendencia general a estudiar las sociedades modernas desde un punto de vista antropológico y lingüístico.

En Europa, los primeros arabistas eran filólogos que estudiaban la lengua clásica para poder entender manuscritos árabes, situación que se prolongará durante el siglo XIX. De esta manera, fueron necesarios dos eventos históricos de importancia para que al menos una parte de la comunidad científica internacional comprendiera la necesidad de estudiar los diversos dialectos árabes.

El primero de ellos fue la expedición napoleónica a Egipto en 1798, gracias a la cual aquéllos que entraron en contacto por sus empleos, es decir, misioneros, exploradores, militares o agentes consulares, con el mundo arabófono real y no sólo a través de los libros o manuscritos, se dieron cuenta de la existencia del árabe vernáculo, surgiendo la necesidad urgente de la elaboración de vocabularios prácticos. El segundo acontecimiento fue la colonización de Argelia a partir de 1830, lo cual sirvió para revelar la gran diferencia existente entre los dialectos árabes orientales y los occidentales.

Estas incursiones fueron muy útiles para que los arabistas europeos comprendieran que las lenguas utilizadas en estos países para la comunicación eran diferentes de la variedad empleada en la escritura, único objeto de estudio hasta entonces en algunas universidades del Viejo Continente. Hemos de admitir, por tanto, que en sus comienzos esta disciplina estuvo al servicio de las intenciones imperialistas de las grandes potencias europeas, ya que los primeros pasos dados en el estudio de los dialectos árabes tuvieron como objetivo la realización de manuales para poder comunicarse con la población autóctona de los países que tenían intención de colonizar.

Además, otro de los objetivos perseguidos era de índole religiosa, ya que algunas órdenes religiosas empezaron a estudiar estas lenguas con fines proselitistas.

Por último, una tercera finalidad, más relacionada con la lingüística, consistía en estudiar los dialectos para comprender mejor algunos textos que, aunque escritos en su mayor parte en árabe clásico, presentaban algunas anomalías con respecto a la gramática y al léxico de esta variedad de la lengua árabe, tratándose del tipo de lengua conocido como árabe medio.

Así las cosas, en los albores de la disciplina, nos encontramos primero con una actividad sobre todo de tipo lexicográfico, de manera que aparecerán los primeros glosarios y diccionarios que contienen vocabulario específico de algún campo semántico concreto. Después, comienzan a aparecer los manuales de gramática de algún dialecto, y, por último, será la actividad científica la que comience a desarrollarse con todo tipo de estudios, desde descriptivos, entre los que contamos los que recogen textos que servirán como fuente de estudio, hasta teóricos, y los primeros intentos de clasificación.

En esta actividad científica, fueron los lingüistas alemanes los que realizaron los primeros pasos, seguidos de los franceses. Ambos contribuyeron de manera decisiva al despegue de la dialectología árabe como disciplina científica. Los primeros aportaron, sobre todo, estudios teóricos de gran envergadura que han sido, y siguen siendo, la base de estudio de la disciplina. La labor francesa se caracterizó, sobre todo, por la recopilación de datos sobre el terreno y la realización de métodos de lengua, más concretamente en la zona del Magreb, pues es donde Francia tenía sus colonias.

También se desarrolló la enseñanza universitaria de estas lenguas. Así, por ejemplo, en la École des Langues Orientales de Francia, hoy día el INALCO de París, hubo desde su fundación, en 1795, una cátedra de árabe mixta, consagrada al árabe literal y al árabe vulgar, siendo este último el nombre que recibía en la época hasta que, en 1916, W. Marçais cambiara el nombre *cours d'arabe vulgaire*, por el de *cours d'arabe maghrébin*.

No obstante, a pesar de estos esfuerzos, tanto en Francia como en el resto de Europa, la enseñanza de los dialectos árabes seguía siendo secundaria y continuaba estando al servicio de los textos clásicos.

En la actualidad, la investigación en esta disciplina ha avanzado mucho, existiendo incluso algunas voces que defienden su importancia junto a los estudios de la lengua clásica para un entendimiento más completo del mundo arabófono.

En el mundo árabe, la enseñanza de los dialectos se ha topado con la reticencia de ciertas ideologías y movimientos relacionados con la idea de unidad y nacionalismo panárabe, que unidos a la innegable supremacía del árabe clásico como lengua de cultura, ha dejado relegado el árabe dialectal a un segundo plano. Este tema ha sido, por tanto, motivo de duras controversias, ya que determinadas presiones sociales, intelectuales y políticas han actuado para apoyar o desprestigiar el uso de estas lenguas en determinados ámbitos. Todo este movimiento comenzó en Egipto en los años 1950, cuando el nacimiento del nacionalismo a nivel estatal quiso potenciar el uso del dialecto en ámbitos propios de la variedad clásica. Así, por ejemplo, en 1964, Naffūsa Zakariyyā escribió una obra titulada *Tārīx ad-dašwà ʔilā l-šāmmiyya*, donde intentaba demostrar que los orientalistas occidentales y el gobierno británico, junto con ciertos nacionalistas egipcios, habían organizado una campaña para sustituir el árabe clásico por el árabe dialectal.

En resumen, podemos decir que la identificación de la lengua clásica con el islam y de los dialectos con una división susceptible de ser explotada por los extranjeros occidentales ha alcanzado gran popularidad en todo el mundo árabe, donde encontramos dos tendencias contrarias: un grupo minoritario que está a favor del uso de los dialectos en ámbitos propios de la variedad clásica, y otro, formado casi exclusivamente por literatos y miembros de las academias de la lengua árabe, que no lo está.

3. FORMACIÓN DE LAS VARIEDADES VERNÁCULAS

Las distintas variedades habladas del árabe se han ido desarrollando a lo largo del tiempo gracias a la participación de diversos factores. En primer lugar, tenemos a los protagonistas del proceso de arabización llevado a cabo en cada zona, es decir, las tropas árabes llegadas a cada región, de manera que dependiendo de su lugar de procedencia encontraremos unos rasgos lingüísticos u otros. Así se explica, por ejemplo, que en el árabe andalusí se encuentren algunos rasgos del sudarábigo que se deben a la existencia entre las tropas árabes que llegaron a la Península Ibérica de un importante contingente que provenía del Yemen. El ejemplo más conocido de estos rasgos es el fenómeno que refleja el arabismo “alcalde”, que procede de la voz andalusí, *al-qáḍi*, donde la aparición del fonema /l/ delante de /d/ es una huella de la realización lateral que el fonema /d/ tenía en las primeras fases del andalusí antes de su estandarización, una pronunciación que trajeron los yemeníes a la península pero que desapareció con el paso del tiempo ya que no se han encontrado huellas de ello en fuentes más tardías. La pronunciación estándar en andalusí debió ser oclusiva, dental, sonora faringalizada.

Otro caso más reciente de esta influencia del árabe de los conquistadores es el de los estados del Golfo Pérsico y de las regiones más orientales de Arabia Saudí, que comparten algunos rasgos con el hablado en algunas regiones de Siria, de Jordania, de Irak, e incluso de Irán, en la región de Juzistán. Todo ello se explica gracias a los movimientos migratorios de algunas tribus beduinas desde la Arabia central, es decir desde la región del Naǧd hacia el norte, en los siglos XVII y XVIII. Estos beduinos llevaron consigo su árabe hablado a las tierras en las que se instalaron y de ello nos queda constancia en la actualidad, son los dialectos conocidos como *ǧalāt* hablados por poblaciones muchos más norteñas.

El segundo factor que participó en la formación de las variedades vernáculas árabes es el sustrato lingüístico que existía previamente en las zonas conquistadas, ya que, como es lógico, los árabes no se instalaron sobre territorios vacíos, sino que los pueblos que allí habitaban hablaban sus propias lenguas autóctonas. Por esta razón, los dialectos de la región de Siria y Líbano tienen importantes influencias del arameo y del persa, en el egipcio encontramos huellas del copto, y los dialectos del Magreb tienen influencias del bereber. Un ejemplo de este último caso es el tratamiento de algunos singulares árabes como plurales, así, en el

norte de Marruecos donde la influencia del bereber es fuerte por la cercanía del Rif se dice, *l-ma bārdīn* “el agua está fría”, porque la voz para agua *aman* en bereber es masculina plural, mientras que en la mayor parte del país, es el *l-ma bārād* en singular. Otro ejemplo del efecto del sustrato es la posición final en árabe egipcio de los adverbios interrogativos, por ejemplo, *ʔesmak eh?* “¿cuál es tu nombre?” o *ʕāmil eh?* “¿cómo estás?, ¿qué haces?”, lo que supone una influencia de la lengua que se hablaba en la región antes de la llegada del árabe, la lengua copta.

Un tercer factor a tener en cuenta son las lenguas con las que ha podido interaccionar cada dialecto árabe debido a diversos acontecimientos históricos o sociales. Por ejemplo, los siglos en que los turcos gobernaron Egipto tuvieron como consecuencia la aparición de rasgos del turco en el árabe egipcio, mientras que la colonización europea del Magreb ocasionó la influencia del francés en los dialectos magrebíes, donde encontramos desde préstamos como *l-ādrēsa* “l’adresse” *l-bāto* “le bateau”, etc, hasta casos de *codeswitching* o mezcla de códigos, un fenómeno lingüístico que tiene lugar cuando dos lenguas han tenido una largo periodo de convivencia: por ejemplo, *š-šhar d-əl-konže* “el mes de vacaciones”, *t-tīlīfōn dyālāk kā-ysōne* “tu teléfono está sonando”. Este tipo de influencia lingüística debida a la convivencia e interacción de las lenguas se denomina adstrato.

Por último, tenemos que hablar de la influencia del árabe clásico. Una mayor alfabetización de la población junto con ciertas políticas de arabización llevadas a cabo en muchos países árabes tras sus independencias han tenido como consecuencia un aumento de la influencia en los últimos tiempos de la variedad escrita del árabe sobre las variedades habladas. Este fenómeno en el que una lengua influye sobre otra desde una posición de superioridad, cultural en este caso, se conoce como superestrato. Así, por ejemplo, algunas voces que se introdujeron como préstamos en el árabe hablado procedentes de las lenguas europeas, como la *gare* en francés para la estación de tren, hoy se tiende a sustituirlas por la palabra en árabe clásico *محطة* (*maḥaṭṭa*).

4. EXPANSIÓN DE LA LENGUA ÁRABE COMO LENGUA DE COMUNICACIÓN

Una vez aclarado el proceso de formación de estas lenguas, vamos a ver cómo se produjo la expansión del árabe como lengua de comunicación entre diversas poblaciones.

Es un hecho histórico conocido que los ejércitos islámicos eran menos numerosos que la población indígena de los distintos lugares donde se establecieron, y que posteriormente se produjeron migraciones a gran escala de tribus árabes procedentes de Arabia y en dirección a Irak, a la región siro-libanesa, a Egipto y al Norte de África, llegando incluso a la Península Ibérica, las cuales tuvieron todas ellas grandes consecuencias desde un punto de vista lingüístico como ya hemos indicado. Además, conviene dejar claro que la propagación del árabe como len-

gua de comunicación no fue sólo una consecuencia de la expansión de la religión islámica, ya que para que la empresa de la arabización tuviera éxito era necesaria también la llegada de arabófonos, cuya lengua materna interaccionara con la de la población autóctona, llevándose a cabo forzosamente un proceso de adaptación lingüística.

Este hecho lo demuestra la existencia de algunas regiones que, aunque fueron islamizadas, sus habitantes nunca emplearon una variedad del árabe como lengua de comunicación, pues nunca recibieron migraciones masivas de hablantes del árabe. Éste es el caso de Persia y de otras regiones del Asia central, donde el árabe como lengua de comunicación nunca reemplazó a las lenguas autóctonas, como el persa o el turco, aunque durante un tiempo, la lengua del poder, de la religión, de la cultura y de toda situación formal sí fuera el árabe clásico. Esta situación perdura hasta la actualidad, ya que hoy día en Irán y en casi toda Asia central, las lenguas de comunicación entre estas poblaciones musulmanas no son variedades del árabe, sino la variedad local del persa, el dari, la variedad local del turco, el uzbeko, y el pashto.

Una situación similar se produjo incluso en algunas regiones de los países arabófonos, en las que las tribus árabes nunca se llegaron a establecerse, ni la población a arabizarse; éste es el caso de las regiones montañosas del norte de Irak, pobladas por musulmanes que hablan el curdo, y de algunas regiones montañosas de Argelia y Marruecos, pobladas por musulmanes berberófonos. No obstante, en estos últimos casos, la creación de los estados modernos, en los cuales el árabe clásico fue adoptado como lengua oficial y propagado a través de un sistema educativo centralizado y controlado desde el poder, y el mayor contacto entre regiones anteriormente aisladas, han provocado que en la actualidad un bilingüismo, ya sea pasivo o funcional, se haya extendido entre estas poblaciones musulmanas anteriormente menos arabizadas.

Así las cosas, lo que nos interesa aquí es la expansión del árabe como lengua materna o de comunicación por varias regiones geográficas gracias a la llegada hasta ellas de diversos contingentes arabófonos. Vemos, pues, que el fenómeno de las migraciones en el mundo árabe y sus diversas consecuencias lingüísticas no es algo novedoso y exclusivo de la época contemporánea, sino que empezó en el siglo VII con la expansión del imperio islámico, aunque sea en el siglo XX cuando se ha convertido en una de las manifestaciones sociales más importantes, abarcando tanto los movimientos de población campo-ciudad, como hacia otros países.

Dentro de este proceso migratorio, de varios siglos de duración, encontramos dos situaciones posibles:

—La primera consistió en la propagación de estas lenguas por las ciudades donde se instalaron los conquistadores, de manera que, cuanto más escaso era el número de arabófonos, las lenguas primigenias duraron más tiempo como lenguas

de comunicación entre la población. Ésta fue la situación de las zonas rurales de Mesopotamia, de Egipto, de la Gran Siria y del Magreb, donde las lenguas autóctonas anteriores al árabe continuaron hablándose durante mucho tiempo aunque en continuo y lento proceso de desaparición debido al prestigio alcanzado por el árabe vernáculo como lengua *franca* y a otros factores extralingüísticos como, por ejemplo, los matrimonios mixtos. Todo ello desembocó en una situación de bilingüismo que, con el paso del tiempo, evolucionaría hacia el dominio de la variedad local del árabe y a la desaparición de las lenguas anteriores. Estas regiones son las que constituyen en la actualidad los países arabófonos.

—La segunda situación que encontramos consistió en la llegada de arabófonos a otras regiones geográficas donde no lograron imponer su lengua materna como variedad prestigiosa y mayoritaria, aunque sí ha sobrevivido durante muchos siglos como lengua minoritaria. En algunas ocasiones, estas lenguas árabes han desaparecido por diferentes causas, mientras que en otras han sobrevivido, aunque a veces están en grave peligro de desaparición.

5. LAS CLASIFICACIONES DE LAS VARIEDADES DEL ÁRABE VERNÁCULO

Aunque se ha avanzado mucho en el último medio siglo, el estado actual de la dialectología árabe no permite todavía realizar una clasificación exacta y completa de las variedades árabes vernáculos por la sencilla razón de que todavía hay algunas regiones sin estudiar. Así lo afirmaban W. Fischer y O. Jastrow ya en su clásica obra de 1980. La situación ha cambiado en el tiempo transcurrido, pero aún son numerosas las zonas en las que los conflictos o la situación política impiden cualquier tipo de investigación. Así, a menudo, las autoridades locales no conceden los permisos necesarios para llevar a cabo el trabajo de campo para recoger los datos necesarios, lo que ha provocado que muchas zonas no hayan sido aún estudiadas sistemáticamente o sólo se haya hecho recientemente. Un ejemplo de esto último es el descubrimiento de una variedad árabe hablada en el Jurasán iraní, cuya existencia no se conoció hasta 2002.

A pesar de las dificultades y las lagunas de información, han sido muchos y variados los intentos de clasificar las lenguas árabes vernáculos.

La geografía dialectal en lengua árabe se diferencia de la realizada sobre las lenguas europeas en que en ésta última no se tiene en cuenta los movimientos de población, mientras que en el contexto arabófono es un factor de extrema importancia y obviarlos nos haría llegar a una mala interpretación del área dialectal estudiada. Esto se debe a que algunos dialectos, estratos dialectales y dialectos mixtos no son el resultado de una difusión lingüística, sino de la migración y mezcla de la población.

Así, por ejemplo, las formas del imperfectivo *niktib-niktibu* en el dialecto de los judíos de El Cairo no consisten en una innovación lingüística o en el mantenimiento de un rasgo de una etapa anterior en la evolución del dialecto caiota,

sino que se debe a una inmigración masiva de judíos magrebíes hacia Egipto que tuvo lugar en el siglo XI cuando, llegados los almohades al poder, el Magreb llegó a ser inhabitable para los no musulmanes.

De esta manera, todavía no se han encontrado verdaderos criterios para establecer sólidas fronteras dialectales, ya que no hay acuerdo en los elementos gramaticales que habría que utilizar como criterios de clasificación. No obstante, hay que tener en cuenta que la presencia o la ausencia de una característica no es suficiente para caracterizar a un dialecto. Clasificar por lo tanto las diferentes variedades de árabe hablado no es una tarea fácil pues las fronteras de las áreas dialectales no son inamovibles ni mucho menos decisivas, y, sobre todo, son normalmente arbitrarias.

Normalmente, y por razones didácticas, se han hecho coincidir las fronteras lingüísticas con las políticas, es decir, las que coinciden con los modernos estados-nación, pero es evidente que pueden ser muy diferentes. Existen, por tanto, unas complejas relaciones lingüísticas entre unas regiones y otras que no tienen en cuenta los límites políticos entre los distintos países. No obstante, a veces, se constata la coincidencia de factores lingüísticos con accidentes geográficos, por ejemplo, una frontera natural o un cruce de caminos, pero también con aspectos culturales, como son la religión, el tipo de hábitat o las costumbres, ya que un área lingüística o dialectal forma parte de un contexto cultural más amplio.

Así las cosas, nos encontramos con tres tipos de clasificación de los diversos dialectos árabes: 1) la que se realiza siguiendo criterios diacrónicos, es decir, según la evolución cronológica de la lengua; 2) la que se atiende a criterios diatópicos, es decir, teniendo en cuenta diferencias geográficas; 3) la que considera la variación diastrática, es decir, la estratificación social según varios criterios (por ejemplo el tipo de hábitat o la religión de sus hablantes, etc.).

La primera división de los dialectos árabes, la que responde a criterios diacrónicos o cronológicos, es la que diferencia los dialectos del árabe antiguo de los del neoárabe, a la que ya hemos hecho referencia al hablar de la diglosia.

5.1. *Dialectos orientales versus dialectos occidentales*

El segundo tipo de división, y que se basa en las diferencias diatópicas o geográficas, diferencia los dialectos hablados en la región oriental del mundo arabófono de los de la región occidental, es decir, siguiendo este criterio obtenemos el árabe oriental y el árabe occidental o magrebí.

El área geográfica de los dialectos orientales es Egipto, Jordania, Palestina, Israel, toda la región siro-libanesa, Irak y la Península Arábiga.

Los dialectos occidentales o magrebíes los encontramos en ciertas regiones del este de Egipto, en Libia, Túnez, Argelia, Marruecos y Mauritania.

Las divergencias entre ambos grupos se deben a los distintos elementos que han formado parte de su proceso de gestación, es decir, a las diferentes lenguas

que han participado como sustrato, adstrato y superestrato, y a la evolución interna de cada uno de ellos. Podemos encontrar estas diferencias en todos los niveles de la lengua, fonética-fonología, morfología y sintaxis, pero es en el nivel del léxico donde existe una mayor diversidad.

No todas las características son compartidas por todos y cada uno de los dialectos de ambos grupos, y así, solamente una de ellas se considera un criterio definitivo a la hora de clasificar un dialecto en un grupo u otro. Se trata del paradigma de las primeras personas singular y plural del imperfectivo, ya que en el grupo de dialectos magrebíes son *naktāb* “yo escribo”, *nkātbu* “nosotros escribimos”, y en el oriental son *aktib* “yo escribo” y *niktib* “nosotros escribimos”. No obstante, a causa de las fronteras difusas que ya hemos mencionado, tenemos que señalar la existencia de dialectos intermedios que presentan una forma situada entre las dos anteriores, así *aktib – niktibu*, los cuales se hablan en las zonas de transición existentes en algunas regiones egipcias.

Hasta los años 70 del siglo XX, la linde entre ambos grupos se establecía normalmente en la frontera occidental de Egipto con Libia en la costa mediterránea al norte, y en el lago Chad al sur. Pero con el avance de las investigaciones en dialectología árabe, esta afirmación se ha matizado, de manera que ahora la frontera imaginaria entre ambos tipos de dialectos podemos situarla al oeste de Alejandría, ya que la población de la costa mediterránea egipcia habla un dialecto de tipo magrebí, parecido al libio, y desde Alejandría hacia el este, ya encontramos dialectos de tipo oriental. Este hecho se ha explicado gracias a las diversas migraciones de población magrebí hacia la zona del delta del Nilo. No obstante, existen también algunos dialectos híbridos, es decir, que comparten rasgos de ambos grupos, son las llamadas zonas de transición que hemos citado anteriormente y que podemos encontrar en algunos dialectos del delta o, más al sur, siguiendo el valle del Nilo, en Luxor y en la región de Assiout.

Un aspecto que ha sido debatido por los dialectólogos es la mayor o menos antigüedad de la situación aquí descrita. Según M. Woidich, la frontera entre los dialectos magrebíes y los orientales en territorio egipcio sería reciente, remontándose únicamente hasta el siglo XVIII, y no siendo además la presencia de los primeros muy abundante. Este mismo autor interpreta la presencia tanto de las formas híbridas, como de las propiamente occidentales, como el resultado del contacto de lenguas con los beduinos libios. No obstante, P. Behnstedt piensa que este hecho se debe a la inmigración de tribus magrebíes hacia todas las regiones occidentales egipcias desde la conquista fatimí y hasta el siglo X. Posteriormente, un periodo de hambruna en el siglo XIII provocó una segunda ola de migraciones de los magrebíes a estas regiones egipcias, a lo que hay que añadir otras migraciones posteriores en el siglo XVIII. Este autor considera, pues, que las isoglosas magrebíes presentes en estos dialectos egipcios son antiguas y se deben a la importancia y antigüedad del elemento magrebí en la región. Para corroborar su teo-

ría, añade que estos rasgos han sido encontrados también en Alejandría, una ciudad que constituía una etapa importante en el camino de la peregrinación a La Meca, por lo que numerosos magrebíes también pudieron instalarse en ella.

5.2. *Dialectos beduinos versus dialectos sedentarios*

El tercer tipo de clasificación al que aludíamos antes era el que se basaba en diferencias sociales entre las comunidades de habla. De esta manera, el tipo de hábitat, es decir, si una comunidad es de tipo rural, urbana, nómada o lo ha sido hasta recientemente, e incluso la afiliación religiosa o sectaria, son también importantes elementos adicionales en la distribución dialectal de una región.

La más importante de estas clasificaciones diastráticas los divide en dialectos de tipo beduino (*badawī*) y dialectos de tipo sedentario (*ḥaḍarī*), y éstos últimos, se dividen a su vez en urbanos (*madanī*) y rurales (*qarawī*). Por lo tanto, esta clasificación refleja la historia del asentamiento de la población, y tiene en cuenta el tipo de hábitat de los hablantes de estas lenguas en alguna etapa de su historia, que no tiene necesariamente que coincidir con la situación actual.

Los dialectos beduinos presentan mayor homogeneidad entre ellos debido a una mayor unidad entre sus hablantes por las circunstancias sociológicas y económicas de su modo de vida. Mientras tanto, en las ciudades y en todo asentamiento sedentario se unen las vicisitudes del pasado histórico, es decir una mayor influencia del sustrato lingüístico, junto a la diversa constitución étnica y sociológica de la población, lo que conduce a una mayor variación de las lenguas.

El primer factor que hay que tener en cuenta es que la distinción entre los dialectos beduinos y los sedentarios es siempre relativa. La frontera lingüística que separa a unos de otros en una región, comunidad o incluso barrio puede ser muy sutil.

Los podemos definir de la siguiente manera:

—Un dialecto árabe sedentario es el hablado por la población sedentaria de un área geográfica concreta, cuyos miembros comparten la mayor parte de las características lingüísticas.

—Un dialecto árabe beduino es el hablado por locutores que se consideran a sí mismos de este origen, quienes siguen, o han seguido hasta recientemente, un modo de vida nómada o pastoral. Su lengua vernácula presenta rasgos que los distinguen de los dialectos sedentarios vecinos, pero los asemeja a los de otros dialectos considerados beduinos más alejados geográficamente.

Según J. Cantineau, un posible rasgo discriminante a la hora de distinguir los dos tipos de dialectos consiste en la realización del fonema /q/, así, cuando es realizado sordo con alguna de estas variantes [q], [ʔ], [k], se trata de un dialecto sedentario, mientras que si se realiza sonoro [g] es beduino. No obstante, en algunas ocasiones, algún dialecto sedentario puede mostrar rasgos de los beduinos, o vi-

ceversa, podemos encontrar dialectos beduinos con características de los sedentarios, por lo que la aplicación de la norma anterior no es válida en todos los casos.

Hay dialectos de tipo beduino en casi todas las áreas arabófonas, a excepción de Malta y, aparentemente, en el interior de Asia. Se caracterizan, sobre todo, por un carácter más pro-sintético que los sedentarios, pero no se les puede identificar nunca con el tipo de lengua conocida como árabe antiguo, que describimos al principio.

Los dialectos beduinos se clasifican de acuerdo a áreas geográficas que en algunos casos coinciden con estados políticos pero no suele ser lo habitual, y se han dividido en dialectos de nómadas y de seminómadas, también se diferencian los del este de los del oeste. La región del desierto del Negev, al sur de Israel, y del Sinaí, en Egipto, se ha considerado la zona fronteriza que divide lingüísticamente los dialectos de tipo beduino entre orientales y occidentales.

En cuanto a los sedentarios, la mayoría es el resultado de una evolución lingüística de los dialectos llegados a cada región a partir de la primera conquista islámica y su interacción con los elementos que ya hemos especificado.

Encontramos dialectos sedentarios en todas las áreas arabófonas; como decíamos, a su vez han sido subdivididos en dos tipos dependiendo del hábitat de los hablantes: tenemos, pues, dialectos urbanos (es decir, los hablados en las ciudades) y los dialectos rurales (los de los pueblos y zonas no urbanizadas).

Los dialectos árabes sedentarios se han desarrollado de manera independiente en cuatro zonas: Mesopotamia, la Gran Siria, Egipto y el Norte de África, y presentan una mayor tendencia que los beduinos a evolucionar e introducir innovaciones morfosintácticas. Un dialecto de tipo sedentario también puede propagarse gracias a los movimientos de población, quienes tras emigrar se instalan en otra región donde dejan su impronta lingüística. Éste es el caso de la llegada de los andalusíes arabófonos expulsados de la Península Ibérica e instalados en varias zonas del norte del Magreb, y la razón de por qué encontramos algunos rasgos del andalusí en determinados dialectos marroquíes actuales más conservadores.

No obstante, esta dicotomía, de la misma manera que la anterior (dialectos occidentales vs magrebíes), no es definitiva, es decir, no siempre hay dos grupos drásticamente diferenciados el uno del otro, pues tenemos que tener en cuenta la existencia de híbridos, grupos de beduinos sedentarizados y de grupos de sedentarios “beduinizados”, pues en todas las épocas de la historia ha habido desplazamientos de los grupos de nómadas, y su posterior instalación en otras regiones.

La sedentarización de beduinos fue descrita por Ibn Xaldūn en el siglo XIV como un proceso natural y espontáneo. Existen varias etapas de transición en el proceso de sedentarización y urbanización de los dialectos beduinos. Según Cadora, éstas son cinco: beduino - beduino/rural - rural - rural/urbano - urbano.

Es decir, se trata de un proceso gradual que tiene lugar cuando las tribus nómadas se instalan en áreas sedentarias, ya sean urbanas o rurales, y comienzan

a nivelar sus dialectos en la dirección de la comunidad de lengua que las acoge. Esta nivelación puede ser completa o parcial, dependiendo de la acomodación de los beduinos a la vida sedentaria, muchas veces potenciada por los matrimonios mixtos o la necesidad de un empleo.

No obstante, esta sedentarización también se produce a veces de manera forzada, así, el número de tribus beduinas que siguen el estilo de vida nómada ha decrecido bastante desde el principio del siglo XX. Los gobiernos de los estados independientes del Norte de África y de Oriente Medio les han prohibido cruzar las fronteras políticas libremente, empujándolos o incluso forzándolos a sedentarizarse.

De esta manera, existen textos históricos que documentan los movimientos y la superposición de poblaciones de distintos orígenes, como, por ejemplo, la sedentarización de beduinos en el valle del Nilo en el siglo XV, o la posterior llegada de tribus nómadas a la región de Mesopotamia. Un ejemplo muy conocido fue el desplazamiento protagonizado por los Banū Hilāl, y los Banū Maṣqil hacia el Magreb a partir del siglo XI, trayendo consigo los dialectos beduinos al occidente islámico.

El proceso contrario consiste en la “beduinización” de ciertos dialectos sedentarios, y alcanza todos los niveles de la lengua, desde la fonética, hasta el léxico. En las zonas donde la población sedentaria está formada por antiguos nómadas, sobre todo en la región oriental, los dialectos allí hablados tienden a adquirir mayor número de rasgos beduinos que los de la población cuyo sustrato no es beduino o es de origen no-árabe, como, por ejemplo, en el Magreb.

Por esta razón, existen en algunas ocasiones similitudes entre los dialectos beduinos y sedentarios muy próximos, como es el caso de los beduinos del norte de Israel y los hablados en algunas ciudades libanesas, como Tiro, Sidón e incluso el mismo Beirut. Incluso, los dialectos árabes hablados por cristianos, generalmente de tipo sedentario, muestran a veces una influencia beduina, como es el caso del Líbano. En el Magreb, las influencias beduinas en dialectos sedentarios las encontramos, por ejemplo, en el este de Libia o en el árabe de la ciudad de Trípoli.

Uno de los procesos de “beduinización” más interesantes es el que tuvo lugar en el Bajo Irak. En Bagdad y en algunas ciudades vecinas, la variación dialectal estaba relacionada con la dicotomía musulmanes / no musulmanes. Dentro del árabe musulmán, hay también otras subdivisiones, la que diferencia la procedencia rural vs. origen beduino, y la que tiene en cuenta la rama del islam *sunnī* vs *šāfī*. Además, entre los no musulmanes había que diferenciar el de los judíos y el de los cristianos.

Esta situación se debió a la continua llegada de beduinos a Bagdad y a otros centros urbanos durante muchos siglos, especialmente desde la devastación de Bagdad en el siglo XIII pero, sobre todo, a partir de los siglos XVIII y XIX. El árabe vernáculo traído por esta población llegó a ser primero demográfica y luego

políticamente dominante, para luego convertirse en el siglo XX en dialecto estándar o variedad prestigiosa hablada en las ciudades, sustituyendo así a las variedades sedentarias más antiguas y habladas por los cristianos y los judíos del país, hasta su desaparición.

Durante el siglo XX, este proceso de “beduinización” de los dialectos de la región urbana y central de Irak, y de Bagdad en particular, continuó. Así, al principio de los años 1920, se produjeron movimientos de población con la llegada a la ciudad de beduinos y población de origen rural que venían del sur del país. Durante los años 1960, se crearon nuevos suburbios, entre ellos el que hay en la actualidad en el noreste de la ciudad llamado Şadr City, para alojar los flujos de esta población sureña. Los dos millones de habitantes chiíes de Madīnat aş-Şadr son de origen beduino-rural, y han sido los protagonistas de la introducción de nuevas características de tipo beduino-rural en el dialecto de los bagdadíes.

Este proceso de “beduinización” también ha ocurrido en algunos dialectos sedentarios magrebíes, como es el caso de los de Marrakech, Casablanca, algunos dialectos argelinos del interior del país o el de Trípoli en Libia.

5.3. *Árabe vernáculo periférico y en la diáspora*

Centrándonos ahora en los dialectos árabes hablados fuera de los países árabes, vemos que han evolucionado en un entorno sociolingüístico muy diferente, normalmente con un estatus de lengua minoritaria. Nos encontramos ante un panorama muy heterogéneo, en el que cada uno de ellos ha interactuado con una lengua dominante diferente, además de la acción de diversos factores extralingüísticos.

Para describir su situación, tenemos que hacer una diferencia entre migraciones más antiguas y otras más recientes. De esta manera, se conoce como “dialectos árabes periféricos” a las lenguas árabes habladas fuera del mundo arabófono debido a migraciones más antiguas, mientras que llamaremos “dialectos árabes en la diáspora”, a los dialectos árabes hablados fuera del mundo arabófono pero debidos a migraciones recientes, es decir, producidas desde el siglo XIX en adelante.

Las variedades del árabe consideradas periféricas son habladas en diversas regiones geográficas. Así, se pueden citar los dialectos árabes hablados en el África subsahariana, como los de Nigeria, Chad, Sudán o Camerún, o en el Asia Central, como los dialectos de Afganistán, Uzbekistán y la región iraní del Jurasán. También los hablados en Turquía en la región de Anatolia o en las de Cilicia y de Antioquía.

El árabe vernáculo también existe entre población multilingüe de algunas zonas del África del Este, como por ejemplo en Yibuti y Eritrea.

Por último, también encontramos dialectos árabes en dos islas del Mediterráneo que son Malta y Chipre. En el primer caso, es una lengua de indudable origen

semítico pero con grandes influencias del italiano y últimamente sobre todo del inglés, es por tanto la única lengua árabe vernácula que tiene estatus de lengua nacional, siendo además lengua cooficial de Malta junto con el inglés; en el segundo caso se trata del dialecto ya prácticamente desaparecido de Kormakiti. Dos dialectos extinguidos hace varios siglos también podrían haberse considerado periféricos: el árabe de Sicilia y el de Alandalús.

En cuanto a los del segundo tipo, debido a la importancia alcanzada por el fenómeno de las migraciones algunos dialectos árabes se hablan en la actualidad en regiones donde antes no habían llegado. Estos dialectos en la diáspora son el resultado de migraciones que han tenido lugar, sobre todo, en los siglos XX y XXI, siendo los países receptores tanto los EEUU y algunos países de América latina, como varios países europeos. No obstante, en algunos casos, como en el de Francia, nos podemos remontar al siglo XIX, ya que aquí la inmigración de origen argelino empezó en la época de la colonización de Argelia en 1830.

Así, conocemos el caso de la comunidad de expatriados iraquíes en el Reino Unido, donde destaca la interferencia del inglés en el árabe iraquí y las diferencias generacionales entre los miembros de la comunidad.

También ha sido estudiada la situación de los marroquíes de Holanda, cuya llegada comenzó en los años 1960, y la de los magrebíes (sobre todo argelinos y marroquíes) en Francia, donde el árabe dialectal ha llegado a ser considerado como una de las lenguas de la República, debido a la vitalidad del árabe magrebí como lengua de comunicación y de la escena cultural en este país.

En lo que se refiere a Estados Unidos, también encontramos algunas zonas en las que los inmigrantes arabófonos utilizan un dialecto árabe como lengua vehicular, como por ejemplo, los aproximadamente 60.000 inmigrantes libaneses que entre 1988 y 1990 se instalaron en el área de Detroit, la mayoría buscando refugio de la guerra civil que estaba teniendo lugar en su país.

En cuanto a América latina, conocemos muy poco de la evolución del árabe hablado en estos países. Se sabe de la existencia de algunas comunidades pequeñas, como por ejemplo la que vive en Colombia procedente de Líbano, que vive en una situación de bilingüismo árabe libanés-español.

En el panorama tan heterogéneo que presenta el árabe hablado fuera de los países arabófonos, encontramos dos puntos en común, éstos son:

—El primero es haber evolucionado en un contexto de contacto de lenguas más o menos de larga duración, de manera que las lenguas dominantes en cada sociedad van a ejercer una gran influencia sobre el árabe, sobre todo a nivel fonético y léxico, los aspectos más vulnerables de toda lengua hacia los elementos exteriores. Ejemplos de la influencia de estas lenguas son: el italiano y el inglés (en el maltés), el griego (en el árabe chipriota), el pashto y el uzbeko, (en las variedades árabes del Asia Central) o el turco y el curdo (en los dialectos árabes de Turquía). En cuanto a los dialectos en la diáspora, encontramos interferencias del

inglés en el dialecto árabe hablado en el Reino Unido, del francés en el hablado en Francia, o del español en el árabe de la comunidad musulmana de Ceuta.

El resultado será la aparición de los fenómenos característicos de las sociedades multilingües, es decir: la interferencia, el cambio de código y el préstamo lingüístico.

—El segundo punto en común consiste en que la situación de diglosia de los países arabófonos, que hemos descrito al principio, no es aplicable a los contextos particulares en los que evolucionan las lenguas árabes vernáculas fuera del mundo arabófono. Esto se debe a que la variedad que funciona como estándar o de prestigio, la que podríamos llamar variedad alta, no es el árabe clásico, sino la lengua dominante de cada una de las sociedades de estas lenguas. Cuando se trata de una comunidad musulmana, la variedad escrita o árabe clásico seguirá siendo la lengua de la liturgia y la que los conecta con la cultura arabo-islámica, aunque nunca de un modo tan determinante como en una sociedad de mayoría musulmana en las que el árabe clásico es la lengua oficial. Cuando se trata de comunidades no musulmanas, la influencia del árabe clásico es prácticamente inexistente.

La diglosia, por lo tanto, no debe confundirse con el bilingüismo, éste consiste en el empleo por un mismo hablante de dos lenguas diferentes, no de dos variedades de la misma lengua. Un ejemplo de ello es la situación del maltés; en Malta, la variedad culta del árabe clásico no existe, sobre todo porque no es una comunidad musulmana, la variedad con la que compite es el inglés, por lo que hoy día hay una situación de bilingüismo inglés-maltés más o menos generalizado.